

Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos

Emilio Roig de Leuchsenring

5

EDITORIAL ORIENTE, Santiago de Cuba, 1975

Revolucionario Cubano, el acuerdo adoptado por éste, designándolo general en jefe de la nueva etapa de la guerra libertadora cubana, lo que formaliza el 13 de septiembre de 1892, en Santiago de los Caballeros.

Martí le ratifica, de palabra, los conceptos expresados en la carta que en nombre del Partido Revolucionario Cubano, lo había nombrado general en jefe del Ejército Libertador.

La elección para este cargo de Máximo Gómez representa una de las más elocuentes manifestaciones del genio político revolucionario de Martí. Y la aceptación de Gómez constituye el triunfo asegurado de la nueva guerra, porque Gómez es el estratega por excelencia de la gran contienda de los Diez Años, maestro insuperable de los generales supervivientes que serán durante el desarrollo de la revolución, los lugartenientes generales —Antonio Maceo y Calixto García— que siempre reconocieron la autoridad y capacidad de aquél y a quien únicamente, y no a otro alguno, Martí sabe estarán dispuestos a acatar y obedecer como general en jefe, al igual que todos los demás oficiales del 68. Martí comprendió que con la jefatura de Gómez la guerra se desarrollaría con seguridad de triunfo. Y los hechos posteriores le dieron la razón.

El 27 de mayo de 1893 publica Martí en *Patria*, órgano oficial del *Partido Revolucionario Cubano*, un trascendental manifiesto —*El Partido Revolucionario a Cuba*— en el que recoge, amplía y precisa, los ideales, propósitos y proyecciones de la guerra libertadora y de la república, y las razones para que a este empeño se sumen todos los cubanos de buena voluntad, blancos y negros, y las seguridades que tendrán los buenos españoles de que la república los acoga, siempre que en ella vivan y trabajen sin hostilizarla ni traicionarla y sin pretensiones de predominio o explotación. Termina con estas palabras: "El Partido Revolucionario Cubano ofrece a Cuba su parte hecha

de la revolución por la independencia: el país sabrá si en esta oportunidad de ser libre, rechaza la oportunidad, y continúa esclavo".

El firme propósito de hacer una guerra nacional, de rápido desarrollo y victoriosos resultados, llevó a Martí a organizar, en los finales de 1894, un alzamiento simultáneo, mediante tres expediciones que saldrían del puerto de Fernandina, cerca de Jacksonville, E.E.UU., integrada por los barcos *Lagonda*, *Amadis* y *Baracoa*, alquilados a un señor Borden, los cuales llevarían pertrechos de guerra y jefes expedicionarios.

Tan admirable plan fracasó por la imperdonable deslealtad, la traición incalificable del coronel de la guerra del 68 Fernando López Queraltá.

El desplome de ideales y de trabajos que significó el descubrimiento y consecuente fracaso del tan bien coordinado *Plan de alzamiento de Fernandina*, ensombreció por un momento las esperanzas puestas en el logro feliz y rápido de la independencia de Cuba. Pero bien pronto renació la fe en el corazón de los patriotas revolucionarios. Del percance sufrido sacaron elementos de victoria. La noticia de las expediciones preparadas infunde en los simpatizantes y hasta en los indiferentes, confianza plena en la capacidad de los organizadores de la revolución y revela lo habilidosamente que habían venido trabajando y la eficiencia y magnitud de los planes separatistas. Quienes han sabido y podido organizar esas expediciones, son capaces de liberrar a Cuba de la dominación española.

Se reanudan los trabajos. Se concibe y lleva adelante un nuevo plan. El entusiasmo se acrecienta. Los tabaqueros cubanos respaldan, con su fervorosa adhesión y su generosa contribución económica, a Martí.

Los organizadores del movimiento en la Isla, trabajan también afanosamente, con Juan Gualberto Gómez como

figura central y punto de enlace con el Delegado, de la conspiración en Cuba. Es difícil calmar la impaciencia reinante.



Céspedes en La Demajagua; 10 de Octubre de 1868.

Se reúnen en Nueva York, en casa de Gonzalo de Quesada, el 29 de enero de 1895, éste y Martí con Enrique Collazo y Mayía Rodríguez y allí acuerdan y suscriben los tres últimos el nuevo plan de alzamiento "para la segunda quincena, y no antes, del mes de febrero próximo". Recibidas las instrucciones por Juan Gualberto Gómez y establecidos por éste los contactos oportunos, se fija la fecha del día 24 para el alzamiento simultáneo en toda la Isla.

El 31 de enero sale Martí de Nueva York, en el vapor *Athos*, con Enrique Collazo, Mayía Rodríguez y Manuel Mantilla, para reunirse en Santo Domingo con Máximo Gómez, lanzar juntos el manifiesto que ha de pasar a la

historia con el nombre de la población dominicana —Montecristi— en que fue firmado, y marchar ambos, el jefe civil y el jefe militar de la revolución, a los campos de Cuba libre.

El 25 de marzo de 1895, en humilde casita del pueblo dominicano de Montecristi, José Martí y Máximo Gómez "por la responsabilidad común de su representación y en muestra de unidad y solidez de la revolución cubana", y como Delegado del Partido Revolucionario Cubano, "creado para ordenar y auxiliar la guerra actual", estallada en toda la Isla desde el 24 de Febrero y general en jefe "electo en él por todos los miembros activos del Ejército Libertador", suscribieron juntos el manifiesto-programa que debía dar a conocer en Cuba, a cubanos y españoles, blancos y negros, simpatizantes, enemigos e indiferentes, el carácter y finalidad de la guerra y cómo la futura república habría de constituirse, organizarse y desenvolverse.

La guerra libertadora cubana de 1895-98 fue obra de una mayoría popular, pues movilizó, en forma mayoritaria a la población cubana, sin que eso quiera decir, desde luego, que esa mayoría empuñó las armas y se lanzó a los campos de la lucha armada; pero sí que además de las fuerzas combatientes del Ejército Libertador, el pueblo de Cuba, mayoritariamente, hizo causa común con la revolución y a ella se sumó, ya nutriendo las fuerzas libertadoras en calidad de soldados y oficiales, ya cooperando con éstos en incontables y eficacísimos servicios auxiliares, ya también prestando la población civil, de uno y otro sexo, urbana y singularmente rural, no menos valiosísima ayuda y sin que faltara siquiera el apoyo inapreciable de los cubanos emigrados en el extranjero, de modo principal los que se encontraban en los Estados Unidos, sosteniendo estas emigraciones, económicamente, la revolución, durante todo el curso de la misma.

Y ésta alcanzó proyecciones francamente nacionales, extendiéndose a todo el territorio de la Isla, a las seis